se tanto á nuestro teatro como la composicion y ejecucion escénica de aquel jóven. Busqué su nombre en el programa. Se llamaba Colomberti.

Cuando terminó el espectáculo, escribí tres líneas con lápiz. Le decia que si no tenia otra cosa mejor que hacer, le suplicaba fuese á recibir al palco número 20 las felicitaciones de un francés que no podia ir á dárselas al escenario, y firmaba.

Esto era tanto mas fácil cuanto que en Italia se baja el telon sin que por eso los espectadores abandonen el salon; las conversaciones empezadas continúan, y las visitas se acaban; y una hora despues de la representacion todavía hay alguna vez quince ó veinte palcos ocupados.

Colomberti fué al cabo de un cuarto de hora; apenas habia tenido tiempo para cambiar de trage; conocia mi nombre, y aun habia traducido *Cárlos VII*; llegó, pues, segun la costumbre de Italia, con los brazos abiertos. Habia estado en Paris en 1830, habia estudiado nuestro teatro, y acababa de obtener un gran triunfo en *Está loca*.

Hablamos largo tiempo de Scribe, que es el hombre á la moda en Italia como en Francia; por mi parte, hubiera creido que su talento, su imaginacion y finos modales perderian mucho en medio de un pais y de una sociedad estrangera. Pero nada de eso; Colomberti me detalló algunas de sus obritas, y vi que tenia, aparte el estilo y el lenguaje, una habilidad de construccion que las hacia conservar en otro idioma, sino su colorido, al menos su interés. Los directores de teatro han comprendido esto hasta tal punto, que ponen en escena, como hemos dicho, todas las obras bajo el nombre de nuestro ilustre colega, lo cual tiene tambien algunas veces sus inconvenientes.

Despues de haber pasado revista á casi toda nuestra literatura moderna, Colomberti se fijó en mí. Me dijo que mis obras estaban prohibidas desde Perusa hasta Terracina, y desde Piombino hasta Ancona. Se admiraba de que en un pais donde no podian entrar mis obras pudiese yo viajar con tanta libertad. Entonces le enseñé desde mi palco á los dos carabineros de pie en el patio. Colomberti hizo un gesto con su fisonomía admirablemente cómica.

Me despedí de él, deseándole muchos triunfos, los cuales tiene mérito para obtener, y diez minutos despues volvimos á entrar en la fonda mis carabineros y yo en el mismo órden con que habíamos salido.

Al dia siguiente nos pusimos en camino al rayar el dia. A eso de las once vimos el lago Trasimeno. Al medio dia llegamos á la frontera.

No hay tan buena compañía que no sea preciso abandonar, decia el rey Dagoberto á sus perros. Habia llegado el momento de separarme de la trailla pontificia. El carruage se detuvo exactamente en la línea que separa la Toscana de los estados romanos. Se apearon los dos carabineros, se quitaron el sombrero, y mientras el uno me enseñaba el límite de los dos territorios, el otro me leia el decreto ministerial que me condenaba á cinco años de galeras si volvia á ocurrírseme el capricho de poner el pie en territorio de Su Santidad. Le dí cuatro escudos por su trabajo, encargándole, sin embargo, entregase dos á su camarada, y cada uno de nosotros tomó su camino, ellos sumamente encantados de mí, yo libre de su presencia.

Al dia siguiente por la noche llegué á la ciudad de Florencia.

Cuatro dias despues recibí una respuesta del marqués de Tallenay. El papa habia sentido estraordinariamente lo que acababa de sucederme y habia tenido la bondad de informarse inmediatamente de las causas de mi arresto.

He aqui lo que habia sucedido:

En el momento de mi partida de Paris, algun Soval romano habia escrito que Mr. Alejandro Dumas, ex-vicepresidente de la Junta de recompensas nacionales, miembro del Comité polaco, y ademas autor de *Antony*, de *Angela*, de *Teresa* y de otra multitud de obras no menos incendiarias, estaba á punto de partir con una mision de los republicanos parisienses para revolucionar á Roma. En su consecuencia, se habia dado la órden inmediatamente de no dejar pasar la frontera romana á Mr. Alejandro Dumas, y si por casualidad la pasaba, volverlo á conducir con toda premura al otro lado de ella.

Desgraciadamente, como se me esperaba por el camino de Sienna, se dió la órden en todas las paradas de dicho camino.

Pero como se ha visto, llegaba yo por el camino de Perusa, y por eso se me dejó pasar tranquilamente.

A mi llegada á Roma dieron parte á la policía: la policía dió órden para que se me vigilara; pero como durante mi permanencia en la capital de los Estados pontificios no cometí ningun atentado ni contra la moral, ni contra la religion, ni en política, se creyó que acaso valia yo mas que la reputacion que me habian hecho preceder, y me dejaron tranquilo; pero no obstante, no tuvieron la prevision de revocar la órden dada.

Este descuido de que debia ser víctima al ir, fué lo que me hizo serlo al volver.

Esta esplicacion iba acompañada de una nueva invitacion de Su Santidad para volver á Roma, y de la seguridad de que se habia dado órden para abrirme las puertas de par en par.

Y he aqui como partiendo para Venecia, habia llegado á Florencia.

FIN DEL CORRICOLO.

ÍNDICE.

		PAGS.
Introduccion.		1
	PARTE PRIMERA.	
I.....	Osmin y Zaida.	3
II.....	Los caballos espectros.	6
III....	Chiaja.	10
IV.....	Toledo.	15
V.....	Otello.	19
VI.....	Forcella.	22
VII....	Gran gala.	31
VIII...	El lazzaroni.	35
IX....	El lazzaroni y el inglés.	39
X.....	El rey Nasone.	44
XI....	Anécdotas.	51
XII...	La manía del rey Nasone.	55
XIII..	Anécdotas.	58
XIV...	Los Vardarelli.	62
XV....	La gettatura.	68
XVI...	El príncipe de***	71
XVII..	El combate.	76
XVIII.	La bendicion paternal.	80
XIX..	San Genaro, mártir de la Iglesia.	86
XX...	San Genaro y su córte.	94
XXI..	El milagro.	96
XXII.	San Antonio usurpador.	100
XXIII.	El capuchino de Resina.	105
XXIV.	San José.	112
	PARTE SEGUNDA.	
I.....	La vila Giordani.	119
II.....	El muelle.	130
III....	La tumba de Virgilio.	132
IV.....	La gruta de Pouzzoles.—La gruta del Perro.	142
V.....	La plaza del Mercado.	145
VI.....	La iglesia del Carmine.	149
VII....	El matrimonio en el patíbulo.	155
VIII...	Pouzzoles.	164
IX....	El Tártaro y los Campos Elíseos.	167
X.....	El golfo de Bayes.	171
XI....	Una corriente de aire en Nápoles.—Las iglesias de Nápoles.	174
XII...	Una visita á Herculano y Pompeya.	178
XIII..	La calle de los Sepulcros.	181
XIV...	Anuncios.	185
XV....	Casa del Fauno.	189
XVI...	El gran mosaico.	192
XVII..	Visita al museo de Nápoles.	197
XVIII.	La pesadilla del rey Fernando.	200
XIX..	La posada de Santa Agueda.	204
XX...	Los herederos de un grande hombre.	207
XXI..	Camino de Roma.	216
XXII.	Gasparone.	222
XXIII.	Una visita á Su Santidad el papa Gregorio XVI.	227
XXIV.	De cómo saliendo para Venecia se llega á Florencia.	229

CAPILLA ALFONSINA
80
BIBLIOTECA PUBLICA
NUEVO LEON

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN
1080047450